

La pifia

Fabienne Bradu

En este relato elíptico, pleno de resonancias mágicas, Fabienne Bradu explora la paradoja del don de la videncia, de la predicción del futuro.

—No sabría decirle con exactitud cuándo ocurrió por primera vez. Verá que lo sucedido queda, si no borrado, al menos desvanecido y como anegado en una especie de niebla que confunde las cronologías. No es que mi memoria esté peor que la de cualquier otra persona de mi edad, es más, cuando observo a algunos clientes que, año con año, recaen en los mismos errores, me digo a mí misma que no ando tan mal. Mi problema no es hacia atrás sino hacia adelante.

—(...)

—Poco después de la infancia o más exactamente hacia los inicios de la adolescencia, cuando la vida comienza a no ser como uno quiere. Pero de nada sirve que hablemos del pasado, todo mi padecimiento se sitúa en el futuro, tiene que ver con el futuro. ¿Cómo le explico? La gente suele pensar en el futuro. Acostumbra prever, imaginar, soñar con lo que no ha vivido, porque son muy excepcionales los que se complacen con lo que ya han vivido. Mientras no se vive una determinada situación, todo puede corregirse, todo es posible. Hasta aquí no le estoy diciendo nada extraordinario ni condenable. Es más, la sociedad suele alabar a las personas precavidas que piensan en su futuro y no lo abandonan al azar o a los demás. Las cosas comienzan a complicarse, es decir, a caerse del fiel de la alabanza cuando las personas piensan demasiado en su futuro. Se vuelven presa de los psicoanalistas después de haber recibido la reprobación reiterada de sus amistades. “Vive el presente”, se les dice y se les repite, “y no pienses tanto en el futuro”. Hay un punto, un límite, una frontera en que lo positivo se convierte en negativo, la precaución en patología, pero ¿qué tanto es tantito? Luego existe un tercer grado en que las cosas vuelven a invertirse: lo sancionado vuelve a ser motivo de admiración y hasta de envidia cuando uno

ve en exceso el futuro. Entonces, a uno lo califican de vidente, de pitonisa si es mujer y tiene ojos claros. Pero al tiempo que uno despierta admiración, también provoca algo de temor en esas mismas personas que aconsejaban al amigo acudir con un psicoanalista para curarse sus excesos de anticipación. Las etapas funcionan como los equipos de beisbol: se sube o se baja de liga según el desempeño. Póngale entonces que yo me he mantenido en las grandes ligas, y si puedo pecar de divina modestia, arriba de cualquier clasificación, allí donde no tiene sentido el bien ni el mal, lo positivo y lo negativo, lo sano o lo patológico.

—(...)

—Quizás el origen de mi mal sea una insatisfacción mayor de lo común. Otros se imaginan un futuro y si éste no llega exactamente igual a como lo habían imaginado, se resignan y aceptan la falsa copia porque conserva un ligero parecido con el original que habían concebido. Pero yo, a causa de mi astilloso perfeccionismo, no puedo aceptar que la copia de la realidad se desenfoque o palidezca con respecto al original imaginado. Por ello, he desarrollado una capacidad excepcional para imaginar el futuro lo más apegado a la realidad que acontecerá.

—(...)

—Más que para ganarme la vida, fue para tener a mano otros ejemplos con los que cotejar el avance de mi padecimiento. La gente acude a mis servicios de videncia porque carece de imaginación para anticiparse en el tiempo. También los hay que acuden a mí por pereza, porque no quieren ponerse a trabajar un poco. ¿Se acuerda de la Reina de Corazones cuando le dice a Alicia: “¡qué aburrida es una memoria que sólo se ejerce hacia el pasado!”? Verá, la videncia es como un músculo que hay que entrenar y ejercitar cada día

durante un buen rato, de la misma manera que se va al gimnasio para mantener el cuerpo elástico y compacto. Pero yo lo he ejercitado tanto, en los demás y en mí, lo tengo tan desarrollado el mentado músculo de la imaginación, que ya nada me sorprende. He perdido el asombro. Todo lo que me sucede, ya lo he imaginado y, además, odio el presente cuando a veces trae una pifia con respecto a lo que había visto con antelación. Esta pifia, la advierto en un solo segundo y sólo dura un segundo. Ni siquiera puedo caer en un estado de insatisfacción porque ya imaginé que así me sentiría después de advertir la pifia. Es lo único que no puedo prever: la pifia. Sé que ocurrirá, que me deprimiré y luego estaré otra vez ocupada en imaginar la aparición de nuevas pifias, pero todavía no soy capaz de saber de antemano en qué consistirá la pifia. Imagínese un gran mantel muy blanco al que, de p ronto, le cae una gota, una diminuta mancha como una cabeza de alfiler, que acaba viéndose más gigantesca que la inmensidad inmaculada en que está presa. Intenté trabajar en ello, esforzarme más, siempre gracias a mi espíritu perfeccionista, pero hasta ahora la pifia se me escapa, es como una peca escondida en medio de un rostro: sé que allí está, pero no puedo verla por anticipado y, por lo tanto, borrarla. Cuando lo logre, habré alcanzado la perfección absoluta.

—(...)

—No, no lo conozco. ¿Dice usted que es argentino? ¿Ya murió?

—(...)

—No lo puedo saber todo tampoco. Una cosa es ser vidente y otra, ser una enciclopedia. Pero, ¿a él le sucedía lo que escribió acerca del personaje ése?

—(...)

—Ya ve, así son de tramposos los escritores. Imaginan destinos, los escriben y luego reciben premios porque han ideado crueles y perversos padecimientos. En cambio, yo vivo el mío todos los días, independientemente de cualquier escritor y de cualquier lector. Por supuesto que no necesito escribirlo ni esperar a ver si el libro pega y me dan dinero por él. Dinero, no lo necesito. Le voy a confiar un secreto: ya van cinco veces que me saco la lotería. Cada vez que necesité más dinero de lo que me retribuye la videncia, entonces me concentré un poco más que de costumbre y vi el número de un bde to que saldría premiado. No es preciso aspirar al premio mayor, pues la búsqueda física del billete se haría más ardua, habría que desplazarse, quizá tomar un autobús o un avión. Basta llevarse uno de los premios medianos porque entonces no resulta tan difícil localizar el billete. Además, ¿para qué quisiera el gordo si puedo repetir la operación más adelante? Hay tanta inseguridad en nuestros tiempos que un premio mayor me expondría a inne-

cesarios riesgos.

—(...)

—No, nunca he tenido miedo de que la videncia se me agote. Vi que no la perdería hasta el día de mi muerte. Tiene usted que entender que la videncia es distinta de la inspiración. Ésta es la diferencia entre ese escritor del que me habla y yo. Seguramente él escribía mejor que yo, de eso no hay duda porque yo jamás he escrito una línea, pero él está sujeto a que un día, ¡puff!, se le evapore la imaginación para inventar historias y seres humanos que no existen. En cambio, yo tengo la doble garantía de ya haber visto que mi videncia no se agotará y de que no escribo, ni hablo de falsedades. ¿No quiere alcanzarme un vaso de agua?

—(...)

—Gracias. Ya sabía que usted vendría. No le voy a esconder que ya había visto esta escena con antelación. Ya lo había visto sentado a un lado de mi cama, había visto su traje pero los rasgos de su cara se me escapaban un poco, quizá a causa de la luz que declina. Prenda la lámpara para que lo vea mejor.

—(...)



Valerio Adami, *Trío*, 1994



Valerio Adami, *No hay guerra justa*, 1978

—Sí, también sabía qué día sucedería, pero no la hora exacta. Por eso, no puedo decirle si todavía disponemos de dos horas o de tres minutos. Si le parece, sigamos hablando en el entendido de que el diálogo puede interrumpirse en cualquier momento y le pido disculpas si lo dejo con una pregunta sin responder, con la palabra en la boca, o si callo a mitad de una frase.

—(...)

—No, no le miento. Sabía que sucedería hoy. De lo contrario, ¿por qué lo habría llamado?

—(...)

—Un poco. Pero el miedo viene sobre todo del hecho de que no puedo pasar el límite, como si la videncia no pudiera ejercerse más allá de esta frontera. Yo sé que a usted le desvela saber qué hay después, si hay algo o si existe Dios, pero esto no puedo verlo. He intentado más de una vez desde que vi este día en que estamos atravesando usted y yo, pero invariablemente se levanta un muro cuando llego hasta el último minuto. Le aseguro que no duele, no hay que asustarse por tan poco misterio, es como resbalarse y caer en un agujero negro ¿Se acuerda cómo le deleitaba de niño deslizarse en el columpio? ¿Esa mezcla de miedo y euforia, de temblor y vértigo? Es un poco así y no se asustará si recuerda el temblor vencido, el puro vértigo en la boca del estómago, el goce de la velocidad antes de la caída. Ya sé que me va a preguntar acerca del sentón, lo adiviné en su manera de mover una nalg

sobre la silla como si su trasero recordara mejor que su cabeza el golpe de la caída en la arena. Pero esto no lo sé, no se lo puedo contar, pareciera que viene después o bien podría ser que no lo sé pero que después ya no se siente nada. Es decir, no hay sentón, no hay un término en la caída, uno sigue cayéndose eternamente. ¿Cómo se lo podría asegurar? Quizá, ya lo he pensado, no puedo ver más allá de cierto límite porque no hay tiempo después y, por lo tanto, mi facultad pierde sentido si ya no hay tiempo. ¿De qué me serviría anticiparme si ya no hay futuro? Discúlpeme. Ando divagando y a usted lo que le interesa es mi pasado y mis pecados.

—(...)

—La impaciencia. Me acuso de haber sido impaciente con muchos de mis prójimos. No es que trato de justificarme pero póngase en mi lugar: cuando los demás todavía andaban dudando o sopesando sus opciones, yo ya había visto lo que acabarían decidiendo y las consecuencias de sus decisiones. Entonces, inevitablemente me ganaba la impaciencia cuando los veía demorarse en cumplir lo que sabía que terminarían haciendo. También debo acusarme de soberbia por haber aprovechado la videncia para jugarles malas pasadas a determinadas personas. Pero le confieso que no me arrepiento, sigo creyendo que se las merecían aunque, en rigor, no soy yo ninguna autoridad para tramrarlas y ejecutarlas.

—(...)

—No, con los clientes procuraba tener una paciencia a toda prueba y por más que los veía, año tras año, recaer en los mismos errores, no dejaba de sentir afecto, compasión, por ellos. No era solamente porque si les revelaba demasiado porvenir, ya no regresarían a verme. Le aseguro que la mayoría de ellos me despertaban una genuina compasión. No soy mala. Ya se lo he dicho: la videncia va más allá del bien y del mal. El problema era más bien restringido a mis íntimos.

—(...)

—Uno solo, porque así es el amor. A veces se irritaba cuando le decía determinadas cosas con el aplomo que da la videncia. Sabía que no debía decírselas, pero me ganaba la impaciencia y quería apurar el tiempo y contribuir a verlo a él menos apurado por las decisiones que le correspondían. Sabía que la peor tortura para un ser humano es despojarle de la ilusión del libre albedrío, pero ¿cómo explicarle que no decidía yo o cualquier otro en su lugar sino que solamente se me había sido dado anticiparme al tiempo? El matiz es tan poco distinguible, sobre todo para otro, que en ocasiones reconozco que mejor me hubiera callado la boca. Podría jurarle ahora que la mayoría de las veces, hablaba con buenas intenciones para ahorrarle el sufrimiento de atravesar las dudas y lo desconocido, pero también debo confesarle que en algunas ocasiones, cuando yo estaba presa de la

impaciencia, se lo decía de mal modo para significarle lo inútil del tiempo perdido. Pecaba por soberbia, por creer en la utilidad de un don, por pensar que me ayudaría a vivir mejor. Otras veces, en cambio, él me pedía que le dijera qué iba a suceder en tal o cual ámbito y mis palabras lo reconfortaban, le daban la confianza que flaquea en el momento de las decisiones más arriesgadas. Como se dará cuenta, un arma siempre tiene un doble filo.

—(...)

—No, remordimiento, no. Lo único que lamento es no haber tenido más desconocido en mi vida, más sorpresa, mayor asombro. Todo el mundo ansía conocer su vida tres pasos más allá de sus narices, tomar una decisión a sabiendas de sus consecuencias, pero, si bien uno se vuelve así más juicioso, también la existencia se vuelve algo aburrida. Por ejemplo, en el amor, hubiera deseado ver menos claramente el porvenir para mantener mis deseos vivos y vigorosos. Ver demasiado mata el deseo. Debe haber una parte de ignorancia, de incertidumbre, para que el cuerpo se tense como un arco, anhele la recompensa de salir de dudas como se despoja de sus ropas, y prueba la maravilla del encuentro entre dos cuerpos.

—(...)

—Sí, era guapo. A mí se me hacía muy atractivo.

—(...)

—Murió hace poco.

—(...)

U



Valerio Adami, *Vittorio Alfieri nell'atto di farsi legare alla seggiola per impedire a se stesso di fuggire di casa*, 1995



Valerio Adami, *Building capitalism*, 1991